

Leyendo en los diarios de Woolf cómo Virginia lee el *Ulises* de Joyce

Vivian Acuña

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

La lectura de los textos íntimos brinda un conjunto de materiales desde los cuales advertimos las certezas y sentidos de la propia vida en la escritura, que rompe el modelo instaurado para la mujer en los inicios del siglo XX; junto a las ambigüedades y vacilaciones de la construcción de la femineidad en la vida moderna de la Inglaterra entre guerras. En particular el trabajo aborda la variación del sujeto femenino en su posicionamiento frente a la ruptura literaria de Joyce que difiere de la libertad y riesgo asumidos en la propia escritura de Woolf; el silenciamiento de su sexualidad en los textos, y como contrapartida un cuerpo que se disciplina y padece la exigencia de una vida dedicada a la literatura. Si la escritura del diario funciona como tecnología del yo, será un laboratorio de transformación del sujeto que afianza a Woolf como escritora, atravesando el padecimiento angustioso ante la crítica, y construyendo una autonomía económica; pero se desmorona definitivamente ante la angustia abismal por la amenaza colectiva de la guerra, la destrucción de Londres y Rodmell y de esta forma los textos producen un pasaje de lo individual subjetivo hacia la construcción colectiva de la historia.

Si se considera la concepción de escritura del diario como una tecnología del yo, cuya escritura permite al sujeto un conocimiento y transformación de sí, y desde esta perspectiva se recupera la lectura de los géneros íntimos (Foucault, 1990: 48), la lectura de los Diarios de una escritora de Virginia Woolf, escritos entre 1918 y 1941, hoy interroga acerca de las distintas posiciones del sujeto que transita la crisis de la modernidad, enriqueciendo la mirada en torno a la mujer y su labor intelectual, en el diferir de las condiciones materiales de producción económica, social y política durante este período. En este sentido, el diario íntimo constituye un registro epocal dado que, desde la condición singular del sujeto inscripto en las tramas de poder, es posible leer desplazamientos hacia una pluralidad que participa de la construcción colectiva de la historia. Al mismo tiempo, ante el despliegue de una sensibilidad posmoderna que, distanciada de las nociones de modernismo y vanguardia y considerada una crisis de la cultura moderna –desde la transformación radical provocada por el fascismo–, es capaz de abrirse a otros interrogantes, como la revisión de los feminismos norteamericano y francés, produciendo otras formas de leer los modernismos (Huyseer, 1995: 308). Así, la lectura crítica del *Ulises* de James Joyce (JJ) que registra Virginia Woolf (VW) en sus diarios puede inscribirse dentro de las posibilidades y restricciones de la vida intelectual de las mujeres en una Inglaterra que rechaza el conjunto de la obra de Joyce, por la ruptura que produce en relación a los valores imperantes, la experimentación en el lenguaje y su concepción integral del arte y la vida, manifiesta en la intertextualidad con las cartas íntimas dirigidas a Nora Barnacle.¹

En los diarios de Woolf advertimos que su devenir escritora implica un estado de oscilación entre el placer de escribir y la angustia, que se manifiesta en un profundo malestar psíquico y corporal, provocado por las expectativas de reconocimiento público ante la edición de sus obras; y podría coincidir con la caracterización de movilidad y padecimiento del ser moderno como

1 Esta última relación se abordó con Daniel Link en el curso de Literatura del Siglo XX: FFyL-UBA, 2004.

respuesta a la modernización.² A su vez, la aparición de una serie de procedimientos narrativos que transgreden técnicamente el género, produce una tensión ficcional como huella de la ambigüedad, colocando estos textos en una zona de opacidad formal, visibilizando los problemas y la transformación de la conciencia individual, femenina y moderna, hacia el registro colectivo. Se entrecruzan relatos que articulan literatura y política con una relación entre producción estética y experiencia de vida en distintos grados; según estos diarios, Virginia proyecta su vida política en la actividad de Leonard, sin embargo, su muerte se precipita ante el desenlace de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial en Londres, captando desde su desmoronamiento la caída de una ciudad fundamental en la trama de la modernización.

Así, en los diarios de VW se registra una rutina de vida cotidiana a lo largo de veintisiete años que describe la literatura como una práctica indivisa entre el cuerpo, la escritura y la lectura; y surge un sujeto que ante su deseo de escribir se cuestiona, “¿qué debo leer?” (Wolf, 1982: 77), con un objetivo que fija, desde la asimetría de la intertextualidad, distintas posiciones de sentido para la lectura en función de la escritura; oscilando entre el placer de “unas intolerables ansias de escribir” (Wolf, 1982: 62) y el plan disciplinario de una práctica de la literatura que, como una exigencia autoimpuesta, VW ejercería sobre sí misma. En efecto, en sus diarios describe la cantidad de horas destinadas a la escritura, los horarios de trabajo, la cantidad de hojas que escribe por día, la anotación sistemática de sus lecturas y, más aun, lo que debería escribir y leer. Como correlato, surge un cuerpo femenino que padece, “yacente en esa extraña vida anfibia del dolor de cabeza” (Wolf, 1982: 119), de las manos y de gripe que interrumpe su tarea; compensándose con los paseos en el campo. Pero a su vez, se oculta deliberadamente el relato de su vida íntima y sexual.

Esta construcción del sujeto femenino en el texto que, como escritura de sí se acota estrictamente al trabajo –considerando la edición realizada por Leonard Woolf a partir de los veintiséis libros originales de los diarios–, podría relacionarse con una tecnología de disciplinamiento individualizante que responde a una estrategia positiva de ejercicio del poder en las sociedades modernas. Esto es un desplazamiento del valor negativo del poder hacia una técnica que eficazmente incorpora al sujeto a los modos de producción económica y social, y cada individuo en su práctica internaliza como un disciplinamiento sobre sí mismo que se verifica en la vida corporal hasta en sus ínfimos detalles (Foucault, 1991: 221-225): “tendida quedo sumida en sopor, a menudo con agudos dolores físicos” (Wolf, 1982: 210).

Siguiendo a Foucault, entonces, la vida sexual sería uno de los instrumentos de disciplinamiento que indica el pasaje de la sujeción restrictiva a la ley hacia la productividad del desvío de la norma que participa de la trama de configuración del poder social; una norma que la literatura transgrede en sí misma pero que para el sujeto adquiere efectos, por lo menos, ambiguos; y que podríamos reconocer en la lectura de VW del *Ulises*, como un texto clave contemporáneo a la propia búsqueda estética de Woolf, pero ante el cual descubrimos ciertas posiciones contradictorias del sujeto femenino:

...luego he quedado desconcertada, aburrida y desilusionada, por el espectáculo de un asqueroso estudiantillo (...) Me parece el libro propio de un analfabeto (...) un obrero autodidacta, y todos sabemos cuán lamentables son estas obras, cuán egotistas (...) en última instancia nauseabundas. (Wolf, 1982: 75)

2 Para Berman, la sensibilidad moderna podría comprenderse dentro de la dialéctica entre modernización y modernismo, caracterizada por las ilimitadas posibilidades del hacer que tiene el individuo en las sociedades industrializadas pero sometido a una dinámica amenazante por su carácter destructivo que lo sitúa en un proceso psíquico de contradicción, ambigüedad y angustia perpetuas. Cfr. Anderson, Perry “Modernidad y revolución”, en *El debate modernidad-posmodernidad*, comp. Casullo, Nicolás, El cielo por asalto, Bs. As, 1993.

En efecto, esta crítica a Joyce plantea ciertos problemas de la conciencia en su devenir escritora, según distintos niveles de lectura. Quizás, en una primera aproximación, se advierte cómo VW ocuparía un lugar particular dentro de la cultura hegemónica de Inglaterra cuando en su diario declara enfáticamente que Irlanda no le interesa, recordando la asimétrica relación política con Inglaterra (Irlanda es nombrada dominion del Common Wealth entre 1921 y 1937; y es estado soberano en 1949, después de la muerte de Woolf). De este modo, una distinción propia en la condición hegemónica que define a VW en la cultura se manifiesta como ejercicio del poder en el ámbito público cuando juntos, con Leonard, rechazan la edición de *Ulises* en The Hogarth House; localizando así sus posiciones respecto de las tramas funcionales del sujeto en relación al poder, como advierte Foucault: “cómo él lo ejerce de nuevo, cómo lo conserva, cómo él impacta en los demás” (Foucault, 1991: 228); más aun al considerar la autonomía moderna de la figura del editor que, asumiendo sus propios riesgos, delinea un programa editorial, elige los textos y define así una relación entre autores, lectores y horizontes de expectativa en la literatura (Chartier, 1999: 59-63): “¿Íbamos a dedicar nuestras vidas a imprimir aquel libro?” (Wolf, 1982: 480). En efecto, cuando Joyce relata las vicisitudes para publicar su obra, señala que “las copias del *Ulises* enviadas a USA e Inglaterra fueron secuestradas y quemadas por las autoridades del Custom of New York y Folkestone” (Joyce, 1942: 15).

Mientras el conjunto de estas condiciones sociales y políticas antagónicas entre VW y JJ se proyecta en la literatura por las asimétricas posibilidades de publicación y legitimación, ¿desde qué concepción de la literatura Woolf se distancia de Joyce?, ¿por qué su rechazo ante una técnica e inquietud literarias que ella misma comparte? El despliegue de su crítica en los diarios conduce, tal vez, a una diversidad de sentidos posibles. En la referencia citada de su lectura, VW considera los primeros capítulos como una fuente de diversión y estímulo, pero inmediatamente enfatiza su desconcierto. Si bien especifica la escena del cementerio como última referencia, entre la indeterminación del adverbio temporal luego y la ausencia de mayores precisiones que la página doscientos –dado que aclara no destinarle demasiado tiempo a Joyce–, su malestar podría extenderse hasta el final de la novela. No obstante, cuando indica haber completado su lectura y siendo consciente de su ambigüedad deja abierta la posibilidad de otro tipo de apreciación futura. Pero si pensamos que el inicio de la crítica puede darse en el momento disruptivo del aburrimiento (Barthes, 1974), la productiva irrupción de su malestar expresada en la sensación de lo asqueroso, irritante y más adelante nauseabundo³ inicia en la lectura una espiral de sentidos. La primera reacción que reconoce el asco proviene de la putrefacción del cadáver humano y su rechazo reside en el horror que provoca verlo por el temor a la muerte que sugiere –como una amenaza no objetiva–, pero, al mismo tiempo la vida sexual comparte los conductos sexuales con la eliminación de la materia que se pudre en el cuerpo eliminándola (defecación, orina, sangre menstrual) y así se asocia lo vergonzoso y obscuro con la sexualidad; es decir que ese conjunto de sensaciones vinculadas al cuerpo que repugna, dando náuseas y asco configura el universo del horror que al mismo tiempo integra el deseo, su contrario,⁴ pero en el monólogo de Molly se entrecruzan, haciendo de la conciencia y el cuerpo una mismidad. Esta relación entre la vida sexual y el rechazo conduce a un cierto sentido posible de la ausencia del registro más íntimo del sentir como deseo del cuerpo y su afectividad en el diario de Virginia Woolf; siendo una restricción anticipada en el marco del texto, cuyo título y prólogo incitan a la lectura de lo que manifiestamente se excluye; es allí donde el lenguaje desliza sus huellas e intersticios, silenciándose, acallándose, como sugiere Nicolás Rosa, puesto que cuando el “deseo se hace oír, adviene

3 Con matices según las traducciones de Andrés Bosh para eLumen y de Coco Ferraris para Sur.

4 En efecto esta relación entre horror y deseo tiene como sustrato la nada, el vacío que se constituye en el espacio de la ausencia que desea lo otro, e impulsa la vida erótica, pero a la vez es una conciencia de la muerte que se teme, se rechaza. Bataille, Georges, “La afinidad entre la reproducción y la muerte”, en *El erotismo*. Buenos Aires, Tusquets, 2006, pp. 61-63.

la significación de la obra” (Rosa, 2004: 12), constituyéndose asimismo la función política de la crítica. Quizás, el texto interpela así su condición femenina al exhibir cómo el deseo y el goce del cuerpo se desvían de la norma moral, y la persistencia de su reacción crítica sugiere los condicionamientos de la subjetividad de la mujer en la Inglaterra de su tiempo. Así podría haber una reciprocidad o cierto acuerdo tácito entre Virginia y Leonard, al eliminar del diario íntimo la vida privada de la mujer y dejar solo el material estrictamente vinculado a la literatura: “es solo una parte muy pequeña del diario” (Woolf, L., 1982: 11), que no solo se refiere al cuidado de la reputación de los muertos; y, como lo cuestiona Victoria Ocampo, “¿acaso cabe preguntarse si esta edición es jugar limpio, si la capacidad del arte radica en dar a la cosa, la dimensión de su complejidad?” (Ocampo, 1954: 14). En este sentido una lectura consternada posicionaría a Leonard en el lugar del censor; sin embargo la oblicuidad del sentido del texto en VW provoca un desplazamiento hacia la posibilidad de un horizonte compartido de ideas, ambos partícipes de una cultura hegemónica y moralista que no admite el desvío de la norma: hacer público y visible desde un “yo” que atestigua la condición de verdad de sus propias prácticas como protagonista y testigo de los otros.

A pesar del transcurrir de los años VW no modifica su modo de juzgar a Joyce en la lectura del *Ulises*, como lo había sugerido en 1922; por el contrario, hacia el final de su diario vuelve sorprendentemente sobre Joyce ante la inminente proximidad de la muerte de ambos (Joyce muere unos 15 días antes que VW según las notas de su diario): “y las páginas apestaban indecencia” (Woolf, 1982);⁵ *apestar* produce un pasaje del sentido individual del asco a la pluralidad implícita en la condición semántica de transmisión hacia los demás de aquello que corrompe o produce malestar.⁶ Sin embargo, la heterogeneidad de materiales que admite el diario como género incorpora productivamente la opinión de un otro que, ambiguamente, configura su propia voz: “Pero aquí hay algo; una escena que, supongo, debe constar en la historia de la literatura...” y cita a Tom Eliot “... el inmenso prodigio del último capítulo” (Woolf, 1982: 480-481); logrando así una oscilación en la construcción de sentido en la lectura del sujeto. Entonces, si el diario como género pertenece a las literaturas del yo ¿quién nos habla en el lenguaje? “Yo soy yo; y debo seguir mi senda, y no otra. Esta es la única justificación de mi literatura, de mi vida.” (Woolf, 1982: 478); sin embargo esta es una afirmación hacia el final de su vida; puesto que el transcurrir de sus diarios constituye el espacio del desmoronamiento de un sujeto que insiste y se transforma asimismo en escritora con la búsqueda de una forma de captar la mente humana con su propia voz. En este sentido, el diario es un laboratorio de transformación del sujeto a partir de la inquietud de sí –y sus cuadernos remiten a los *hypomnemata* de la cultura clásica–, donde el sujeto moderno toma dominio de sí a partir de su elección definida en una actividad o técnica (Foucault, 2003: 71-75) pero al mismo tiempo padece su propio cuestionamiento alrededor de lo que hace. La decisión de trabajar con su propia voz y materiales autobiográficos –como *Al faro*, *Las olas*–, exige una forma muy elaborada de los sentimientos, la vida personal, que en el lenguaje literario conduciría a lo inenarrable:⁷ “mezclada con esa emoción que es la esencia de mis sensaciones, pero que no se puede describir” (Woolf, 1982: 210); e incluye ese otro fluir de la belleza sutil en el paisaje: “y sombras como grises paños impulsados por un soplo se extendían sobre el mar” (Woolf, 2004:

5 Hay una diferencia de matices en las traducciones del verbo *reek*: rezumar o apestar (Sur y Lumen respectivamente). Tomo la de Lumen porque efectivamente el verbo da un sentido que implica al menos molestar o afectar a los otros como el *humo* (más que la idea de transpirar); además esta traducción ha mantenido el término *egotism*, de origen inglés que difiere de *egoísmo*, la traducción de Sur. Cfr. *Webster's New Encyclopedic Dictionary* (WNED), Black dog and Leventhal Publishers, NY, 1993; *Oxford English Dictionary* (digital).

6 Que corrompe o produce hastío, ambos registros nos remiten al problema de la podredumbre y su relación con el erotismo; y el hastío al momento de irrupción de la crítica en Barthes. Apestar: Cfr. *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE), Buenos Aires, Espasa Calpe, 2007.

7 La literatura autobiográfica –incluidos los diarios– resulta la elaboración erótica más acabada al ser una transgresión exhibir aquellos materiales que deberían permanecer ocultos. Cfr. Rosa, Nicolás, *op. cit.* pp. 13 y 79. De allí también el riesgo de trabajar conscientemente con la vida familiar a la vez que la propia consigna estética del fluir de la mente y la inasible belleza del paisaje.

183); quizás, esas mismas sombras que la conducen a cuestionar el trabajo de Joyce, y de sí misma: “cuán lamentables son esas obras, cuán egotistas, cuán insistentes, cuán primarias, crudas” (Woolf, 1982: 75); se trata de una crítica que involucra su preocupación acerca de la concentración en el material que proviene de la interioridad del yo.

En efecto, su temor ante una literatura egotista se expande en distintos pasajes del diario como una sospecha, duda acerca de sí misma; y al detenernos en el término *egotism*, de origen inglés, se visibiliza un exceso del yo que supera la problemática del narcisismo, definiendo una tendencia irracional, obsesiva, a escribir y hablar de sí misma.⁸ Así, en su devenir escritora, como sujeto moderno que instrumenta el conocimiento de sí para su transformación, el diario de Woolf exhibe sus problemas de conciencia como el oscilamiento entre su temor a una cierta falta de razón, de equilibrio que se pierde en lo obsesivo del ego, y la pendiente mirada del otro que la legitima como escritora según el reconocimiento de instituciones fundantes de la modernidad, como la prensa y las editoriales; tensión paradójica puesto que ella misma pertenece a Hogarth House y es crítica del suplemento literario del *Times*. Esa angustia, proveniente del miedo sobre sí misma, se incorpora a otros padecimientos del sujeto en la escritura que constituyen, en conjunto, distintos tránsitos de su desmoronamiento: su soledad, la oscilación entre la vida social y el ostracismo, la ambivalencia entre el campo con sus paseos y la densidad significativa de la ciudad de Londres; que en su diario se describen como momentos de dolor y también irritabilidad. Pero aún así, la angustia no tiene un único valor: los ciclos angustiosos que invariablemente se repiten definen una huella que el sujeto deseante parece transitar, una y otra vez, ante lo expectante como una sombra y desmoronamiento que la práctica de la escritura del diario recupera en su devenir otra; esa angustia del pasaje del ámbito privado al público de sus textos se inscribe en el lenguaje como el padecer del cuerpo y la mente en una mismidad que en la escritura da sentido a la vida: “se escribe para salvar la escritura, para rescatar su vida mediante la escritura, para rescatar su pequeño yo (...) para no perderse en el tormento que es el arte” (Blanchot, 1992: 51).

Pero si bien el diario funciona como tecnología del yo rescatando al sujeto de las experiencias angustiosas, la amenaza de la violencia colectiva lo excede. Efectivamente la sombra de su muerte se desliza en innumerables pasajes del diario como temor frente a la angustia abismal del sujeto: “debo hacer constar la tristeza y el abatimiento que me dominan” (Woolf, 1982: 257); sin embargo, si bien el suicidio como decisión individual ante la muerte no depende de situaciones colectivas,⁹ se reconoce un lento desmoronamiento de sí, un proceso hacia su propio abismo en paralelo con el desenlace de la segunda guerra: “Juro que no permitiré que este abismo de desesperación me trague. La soledad es grande” (Woolf, 1982: 481). Y así, desde el dolor de esta subjetividad, se despliega el poder de los sentidos en la forma de describir los bombardeos aéreos al ver los derrumbes e incendios; escuchando el agudo sonido atemorizante de los aviones antes del estruendo de las bombas, sin saber dónde caerán:¹⁰ pasajes finales del texto se desplazan hacia la estructura del relato en el pasado narrativo, quebrando la expectativa del presente propia del género hacia un futuro que ya es incierto y constituye hoy parte de la historia:

“Fui al puente de Londres. Contemplé el río; había mucha niebla, con humaradas, quizá procedentes de casas en llamas (...) Polvo gris y ventanas quebradas (...) aquello, que tan completo era, había quedado demolido, desgarrado.” (Woolf, 1982: 481)

8 Es un término que se utiliza por primera vez en 1714, bajo el imperio de la ciencia y sus razones. Cfr. WNEED, *Oxford English Dictionary, Cambridge Dictionary*.

9 El suicidio sería un fenómeno de la modernidad, un umbral que se traspasa en relación a la muerte; en las sociedades modernas se relaciona con la sensación de fracaso pero, sin embargo, el aumento de los suicidios no guarda relación con un aumento del malestar sino con el antes y el después de la técnica farmacológica. Aries. P., “El suicidio”, en *op. cit.* pp. 244, 251, 255.

10 “La imagen de oleadas de aviones lanzando bombas sobre las ciudades (...) con máscaras antigás (...) entre la niebla provocada por el gas tóxico obsesionó a mi generación.” Cfr. Hobswan, E., *Historia del siglo XX*.

La imagen de Londres adquiere una dimensión colectiva siendo la ciudad el ámbito de la pluralidad social en la modernidad que, al ser derrumbada, desmorona, desgarrar aún más la incierta condición del sujeto moderno. La vista asume relevancia en esos días pero se desplaza de la aquietante contemplación del paisaje de Rodmell, que ya no tiene sentido sin la dinámica de Londres, hacia la presencia imperante del abismo: “dirige una última mirada a todas las cosas hermosas” (Woolf, 1982: 480); desplazándose de sí, el yo apela a la continuidad de un tú en la escritura, que transforme esa errante, inasible realidad en el lenguaje: “¿cuál será la adecuada palabra? por la pura belleza” de escribir (Woolf, 1982: 99). Y esta condición de lo femenino habla sin decir en la escritura del cuerpo, siendo propio de la conciencia de sí que no necesita ser nombrado: “en cada uno de nosotros presiden dos poderes, uno masculino y otro femenino (...) al producirse esa fusión es cuando la mente se fertiliza” (Woolf, 1993: 126); esa fertilidad de la mente humana es en Woolf la escritura de todos los libros en una humanidad que sobrevive en el lenguaje a su propia destrucción: “Un vacío. Todo helado. Helado todavía. Ardiendo en blanco.” (Woolf, 1982: 480).

Bibliografía citada

- Anderson, Perry. 1993. “Modernidad y revolución”, en *El debate modernidad-posmodernidad*. Casullo, Nicolás (comp.). Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Aries, Philippe. 1995. “El suicidio”, en *Ensayos de la memoria 1943-1983*. Roda Fornaguera, Ana (trad.). Bogotá, Norma.
- Barthes, Roland. 1974. *El placer del texto*. Rosa, Nicolás (trad.). Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bataille Georges. 2006. *El erotismo*. Sarazin, Marie P. y Vicens, Antoni (trads.). Buenos Aires, Tusquets.
- Blanchot, Maurice. 1992. “Las dos versiones de lo imaginario”, “La inspiración, la falta de Inspiración”, en *El espacio literario*. Barcelona, Paidós.
- Chartier, Roger. 1999. “La cultura escrita en la perspectiva de larga duración”, en *Cultura escrita, literatura e historia*. México, FCE.
- Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)*. 2007. Buenos Aires, Espasa Calpe.
- Foucault, Michel. 1991. *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Allendesalazar, Mercedes (trad.). Barcelona, Paidós.
- , 1991. *Las redes del poder*. Buenos Aires, Almagesto.
- , 1999. “La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad”, en *Estética, ética y hermenéutica*, vol. 3. Barcelona, Paidós.
- Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX. 1914-1991*.
- Huysen, Andreas, 1995. “Guía del posmodernismo”, en *El debate modernidad-posmodernidad*. Casullo, Nicolás (comp. y pról.). Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Jameson, Fredric. 1986. “Posmodernismo: lógica cultural del capitalismo tardío”, en *Zona Abierta* N° 38, enero/mayo. Madrid.
- Joyce, James. 1942. *Ulysses*. The Modern Library. Random House.
- , 1999. *Ulises*. Valverde, José M. (trad.). Barcelona, Lumen.
- , *Ulysses the corrected text*. Vintage Books. NY. 1986.
- Latin Oxford Dictionary (LOD)*. 1996. Nueva York, Oxford University Press.
- Ocampo, Victoria. 1954. *Virginia Woolf en su diario*. Buenos Aires, Sur.
- Oxford English Dictionary* (digital).

- Rosa, Nicolás. 2004. "Los fantasmas de la crítica", en *El arte del olvido y tres ensayos sobre mujeres*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Woolf, Leonard. 1983. "Prólogo", en *Diario de una escritora*. Bosch, Andrés (trad.). Barcelona, Lumen.
- Wolf, Virginia. 1954. *Diario de una escritora*. Coco Ferraris, José (trad.). Buenos Aires, Sur.
- , 1982. *Diario de una escritora*. Bosch, Andrés (trad.). Barcelona, Lumen.
- , 1993. "Un cuarto propio", en *Un cuarto propio y otros ensayos*. Gambolini, Gerardo (trad.). Buenos Aires, AZ.
- , 2004. *Las olas*. Bosch, Andrés (trad.). Barcelona, Lumen.
- , 2006. *Al faro*. López Muñoz, José L. (trad.). Madrid, Alianza.
- Webster's New Encyclopedic Dictionary* (WNED). 1993. Nueva York, Black dog and Leventhal Publishers.

CV

VIVIAN ACUÑA ES GRADUADA EN ARQUITECTURA (FADU- UBA) Y FINALIZA LA CARRERA DE LETRAS CON ORIENTACIÓN EN LINGÜÍSTICA Y TEORÍA LINGÜÍSTICA (FFyL-UBA); EJERCE LA DOCENCIA E INVESTIGACIÓN EN FADU ENTRE 1988 Y 2000; ES CURADORA DE EXPOSICIONES Y CICLO DE ENTREVISTAS. *PUBLICACIONES DICCIONARIO HISTÓRICO ARQUITECTURA Y URBANISMO EN LA ARGENTINA; JUSTO SOLSONA: HACER Y DECIR; CONVERSACIONES CON ARQUITECTOS.*